

## LANGOSTA.

(PLAGA DE LA)

*Si praecepero locustae ut devoret terram;  
conversus autem populus meus, egerit penitentiam a viis suis pessimis, ego exaudiam de caelo.*

Si diere orden á la langosta que devora la tierra, y mi pueblo convertido me pidiere perdon, haciendo penitencia de su mala vida, yo desde el cielo le escucharé.

(II PARALIP. VII, 13.)

Padre celestial, ten misericordia de nosotros, he oido entonar en esta procesion y letanía. ¿Cómo le llamamos Padre, cuando le experimentamos tan severo juez? ¿No os parece, fieles, que hay razon para extrañar el título de Padre? Pero ¡oh aciertos de nuestra madre la Iglesia! No hay razon para extrañar; sí, para reparar y advertir, que obra Dios tan bien como Padre cuando nos castiga, como cuando nos regala. Muestra Dios ser nuestro Padre, no solo en darnos el sér á su imágen y semejanza; en redimirnos y reengendrarnos en el sér por la gracia hijos suyos, á quienes instituye herederos de todos sus tesoros; sinó tambien en la providencia paternal con que nos gobierna y ordena nuestras cosas á nuestro bien: que eso significa *Providentia*. ¿Veis que Dios nos corrige con esta calamidad? Pues no la enviára si no fuera medio para el fin de su gloria y utilidad nuestra. ¿Veis que se muestra enojado? Es para que, aplacándole, sea la amistad más firme. ¿Veis que nos arroja severo? Es para que solicitemos sus abrazos cariñosos. ¿Veis que nos cierra las puertas? Es para que tengamos el mérito de pulsarlas. ¿Veis que nos aflige con esta plaga? Es para más consolarnos cuando la quite. ¿Veis que nos quita el sustento con la langosta? Es para dar á nuestras almas sustento. Cante pues la Iglesia, y enséñenos á llamar á Dios cuando nos castiga, *Pater de caelis Deus*; que es señal de que nos trata como á hijos en castigarnos.

Y si no ¿por qué más se ven estas calamidades entre los cristianos,

que entre los infieles? No envia Dios golpes á los infieles, porque, nueces corrompidas, las arroja su justicia al infierno sin más examen; pero á nosotros, los católicos, nos da golpes, porque nos mira hijos, y porque espera fruto de nosotros; por esto nos envia langosta y otras calamidades. Y ¿sabeis qué fruto espera? El de un conocimiento de su divina justicia, poder y dominio, para que los hombres le teman justo, le exalten poderoso y le respeten Señor. Creciéra el atrevimiento si Dios no lo reprimiera con estas demostraciones. Aún en la dureza de Faraon se vió este fruto. Entran Moisés y Aaron, y le dicen: El Señor Dios de Israel manda, que dejes salir de Egipto á su pueblo. Ahora, Faraon: ¿y quién es ese Señor que me decís? No conozco por Señor al Dios de Israel. ¿Le veis ahora tan soberbio? Pues luego le vereis cómo, humillado, hace rogativas, llamando á Dios repetidas veces Señor. ¿Qué es esto? Porque ántes no está castigado, y ahora sí. Antes no habia experimentado plagas, y por eso ni conoce ni respeta á Dios, Señor; pero, experimentando despues las plagas de esterilidad y langosta, éstas le hicieron abrir los ojos para el conocimiento de Dios y su respeto. ¡Oh, católicos! Si este fruto consigue Dios de un Faraon, ¿cuánto más bien los esperará de nosotros sus queridos hijos? Conozcamos que es Dios nuestro Padre cuando nos castiga; conozcamos que es justo para temerle; conozcamos que es poderoso para no ofenderle; y conozcamos que es señor para respetarle. Pero, aún más fruto pretende y espera Dios de nosotros en esta plaga. Ayudadme á pedir la gracia, para que yo lo proponga con acierto, y sea valiéndonos de la poderosa intercesion de María santísima. A. M.

1. ¿Quién será aquel sábio, que entienda lo que pasa? ¿Quién será aquel prudente, que, sin parar en lo material de ese trabajo, penetre sus cosas y sus fines? Así, amados míos en el Señor, preguntaba Jeremías, en ocasion que hasta las aves y animales huyeron, porque les faltaba pasto en la tierra de Jerusalem. Mas, no habiendo en Jerusalem quien lo entendiese y considerase, el mismo Dios les señaló la causa de la calamidad que padecian. La causa fué porque no guardaron, sinó que quebrantaron mi ley, repitiendo pecados y más pecados. Ya vemos, católicos, esta penosa plaga que destruye nuestra tierra; pero ¿quién es el sábio que la entiende? ¿Quién es el prudente, que, pasando de lo material que se ve, se ha puesto á considerar las causas? Langosta vemos; mas ¿por qué ha venido la langosta? ¿Es acaso? No, porque el mismo Dios dice en el texto de mi tema, que le ha mandado venir. Pues ¿por qué ha venido? La calamidad de Jerusalem ya oímos que dijo Dios habia venido por los pecados. Y la nuestra ¿por qué?

Su Majestad lo dice expresamente: porque despues de haber dicho las bendiciones que enviará sobre los que guardaren su divina ley, pasa á señalar las maldiciones que caerán sobre los que no la guardaren; y entre ellas señala esta: Sembrarás mucho; pero cogerás casi nada, porque destruirá tus sembrados la langosta. ¿Luego, ha venido esta plaga por los pecados? Sí, católicos; pero ¿por cuáles pecados? Esto nos ha de decir la misma langosta.

Preguntad á ese ejército ó escuadron volante, que así le llamó Salomon en los Proverbios, y escuadron sin rey, sin general que lo guie, porque es Dios quien lo gobierna. Preguntadle, por qué ha venido; y os dirá, que es ministro de la indignacion de Dios. ¿Por cuáles culpas? ¿No veis de la suerte que ese ejército de gusanos con alas oscurece al sol sus resplandores? Aquí se lee, que las culpas oscurecen la luz de la razon, é impiden que el sol de la gracia comunique al alma sus luces. ¿No veis cómo las langostas no son movidas por la mañana, hasta que, entrando el dia, toman calor para volar? Aquí se lee la ingratitud del cristiano, que cuando al entrar el dia de la razon con la edad se habia de emplear en servir á Dios, es entónces cuando toma calor para ofenderle. ¿No veis que camina la langosta, como dijo el Sábio, sin rey ó superior que la gobierne? Aquí se lee el atrevimiento del pecador, que niega al Señor de lo criado la obediencia, sin querer más gobierno que el de su apetito bruto. ¿No veis de la suerte que hacen estruendo á donde quiera que caminan, asolándolo todo con sus bocas? Aquí se lee el infernal abuso de los juramentos que se oyen á cada paso, con aborrecible desprecio del sacrosanto nombre de Dios, ya con mentira, ya contra justicia, y generalmente sin necesidad, sin haber quien ponga mordazas en tantas bocas sacrilegas. ¿No veis que la langosta es tan insaciable, que le dura el hambre mientras vive? Aquí se lee la insaciable codicia que impera en los más de los cristianos, como si no creyeran que hay muerte y eternidad; y se lee lo insaciable de la lujuria, á quien no enfrenan tantos golpes de Dios, para que diga: *Basta*.

¿Hay más que leer en la langosta? Id leyendo, que aún nos queda mucho que estudiar. Las langostas se suelen comer las unas á las otras. ¿Qué se lee aquí, sinó la crueldad con que muchos de los que profesan la ley de la caridad se destruyen y comen unos á otros, ya con el pleito injusto, ya con el engaño, con el robo, con la usura, sin estar seguro ni aún el trigo de su codicia? Las langostas todo lo muerden, sin haber mieses seguras de sus bocas. ¿Qué se lee en esto, sinó el detestable vicio de los que, volando á todas partes, escudriñan los linajes y vidas ajenas, royéndolas y mordiéndolas con falsos testimo-

nios y murmuraciones? Esta es la pestilencial langosta, que destruye todo lo bueno de la república; porque levanta discordias, ocasiona pleitos, causa muertes, tala haciendas, consume familias, acaba con las casas y sepulta honras. Las langostas no tienen vuelo permanente: empiezan á volar, y luego caen. ¿Qué se lee en esto, sinó la facilidad con que el cristiano, despues de haber empezado á volar á Dios con una confesion buena, vuelve á caer en las mismas culpas, queriendo más ser esclavo vil del demonio, que hijo favorecido de Dios y heredero de su reino? Ved si es poco esto pera que venga la langosta.

Pero, más y más hay que leer en lo que ménos se repara entre los cristianos. La langosta consume, royendo lo verde de los campos y la flor de los almendros; impidiendo que llegue á su sazón el fruto, y desvaneciendo todas las esperanzas que costó con su trabajo el labrador. Lean aquí su execrable iniquidad los que, olvidados aún del nombre de católicos, hacen oficio de demonios, royendo, mordiendo y murmurando á los que se dedican á servir á Dios. Lean el daño que hacen con despreciarlos y ponerlos nombres ridículos, porque los ven con modestia, que se recogen y frecuentan los santos sacramentos; porque como está la flor de la virtud delicada y tierna la mies, se destruye en muchos, no hallándose con valor para resistir el combate, no del demonio, sinó de su prójimo y hermano, que debiera alentarle y ayudarle para proseguir. Lean la injuria que hacen á Jesucristo, labrador de las almas, á quien costó ponerse en una cruz para ponerlas en aquel estado dichoso. Es tan grande injuria, que se atrevió á decir san Bernardo, era mayor que la que hicieron los judíos cuando derramaron su sangre.

Estos son los que, más crueles que Faraon, no solo ahogan la virtud recién nacida en el Nilo de su persecucion, sino privan á la Iglesia de tantos bienes, cuantos pudiera hacer el perseguido con su ejemplo, si prosiguiera la vida virtuosa; porque, como dice Tertuliano, el que destruye la pepita del árbol, juntamente destruye todos aquellos frutos, que si llegara á ser árbol, pudiera dar la pepita: *Qui semen odit, fructum quoque excretur necesse est*. Estos son más inhumanos que Holofernes en el cerco de Betulia; porque éste cortó los arcaduces del agua con que vivian los cuerpos; pero, los que apartan de la oracion, cortan, ayudando al demonio, los arcaduces por donde comunica Dios á las almas todas las gracias. Estos son, dice san Bernardo, imitadores de la inhumanidad de Herodes, el que quitó la vida á los Niños inocentes; porque matan los buenos deseos niños, no dejando que crezca la virtud, que espira á los maldicientes filos de su lengua; aunque yo dijera, que exceden á Herodes en la

inhumanidad, porque éste hizo con el cuchillo, de los inocentes, mártires; pero, el que pervierte á los virtuosos, hace con su persecucion, de los inocentes, demonios por la culpa. Digamos, que son como el tetrarca hijo de este Herodes, de quien dijo el Crisóstomo, que quitando al Bautista la cabeza, no hizo una muerte, sinó muchas espirituales, las de todas aquellas almas que pudiera el Bautista vivificar con la palabra de Dios, si viviera. ¡Oh perseguidor de la virtud! Reo eres, no solo de la muerte del alma que persigues, sinó de todas las que con oraciones, ejemplos y palabras pudiera ella, si prosiguiera, vivificar. Véase pues, que si para la dureza de Faraon hubo plagas, para la crueldad de Holofernes, su espada misma; si para la furia del primer Herodes hubo enfermedades asquerosas con hedor intolerable, en que acabó la vida como dice Josefo; y para la inhumanidad del segundo, privacion de la tetrarquía, confiscacion de bienes y destierro, á que lo sentenció el emperador Cayo Calígula; para estas langostas de la heredad de la Iglesia, hay langosta que empieza su castigo; y si no hay enmienda, experimentará más horribles castigos que langosta.

Lean más en la langosta los malos cristianos, que, aunque no de palabra, persiguen con sus obras la virtud; porque las langostas no solo destruyen las mieses, sinó infestan el aire y engendran pestilencia. ¿Qué otra cosa es el escándalo que nace de las comunicaciones deshonestas, sinó peste que nace de las langostas de los pecadores torpes? ¿Qué son tantas palabras y sollicitaciones lascivas, tantos juramentos y blasfemias, tantos trajes profanos, tantos concursos peligrosos? Peste, peste, en que mueren muchas almas; pero, peste que nace de pecadores langostas. ¡Ah! para consumir la langosta que destruye el trigo, vemos que se convidan los pueblos unos á otros, los superiores no duermen: y ¡para la langosta de las almas todo es dormir los superiores y pueblos! ¿Cómo no han de llover castigos sobre los que dan el escándalo, y sobre los que, pudiendo, no lo atajan? ¿Es esta aquella Jezabel? Así preguntaban los pasajeros al ver el destrozo de aquella reina cruel, mujer de Acab. ¿Es esta la reina, la poderosa, la aderezada, que mandaba al rey y al reino? Pues ¿qué tiene? Despues de arrojarla de un balcon, y pasar por cima de ella los caballos del ejército de Jehu, la comieron los perros; y lo que dejaron, quedó sin sepultura. ¿Qué fué esto? Castigo de Dios. ¿Por qué delito? Hizo matar á Naboth, para que el rey su marido entrase en posesion de su viña. ¿No reparais, dice el Crisóstomo? La mayor ira de Dios fué contra Jezabel. Pues ¿no quitó la viña Acab? Es así, responde; pero le dió Jezabel la ocasion para quitarla; para que se vea, que es

digno de mayores castigos el que escandaliza á su prójimo, dándole con su mal ejemplo ocasion para pecar.

Sea así; pero ¿cómo al enviar Dios á Elias al rey Acab, manda le diga, que él fué el que quitó la vida á Naboth? ¿Concurrió Acab á esta muerte? ¿La mandó ejecutar? No, que todo corrió por mano de Jezabel. Pues ¿por qué manda Dios, que se haga cargo á Acab? Porque aunque es verdad, que Acab no mandó matar á Naboth, ni le quitó la vida con la espada, se la quitó con la permission; porque pudiendo y debiendo reprimir las crueldades de Jezabel, no lo hacia; y así es reo de aquella muerte, como si él mismo la hubiera ejecutado. ¡Oh escándalos tolerados y permitidos! Vean los que dan el escándalo, como hay para ellos castigo, cómo lo hubo para Jezabel; pero, vean tambien los que, debiendo por su oficio impedirlo, lo permiten, que hay castigo para su omision, como lo hubo para Acab, porque son reos de todos los daños que se siguen de tolerar esta perniciosa langosta de las almas.

Más digo, porque la langosta dice más, para que cobreis al mal ejemplo y escándalo más horror. No se acaban con su muerte los daños de la langosta; llegan mucho más allá de su muerte, porque dejan aquellos canutillos que vemos de gusanos, que reviviendo despues, hacen un número grande de langostas. ¡Oh cristianos! Leed, leed aquí, que no se acaban los daños del mal ejemplo con la muerte, porque quedan para mucho despues sus perniciosas semillas, que reviviendo en la imitacion de los hijos y sucesores, son langostas que destruyen todo el bien de todo un reino. Solo este daño era bastante para no dejar sosegar á los superiores; porque aunque demos, que el que dió el escándalo haga penitencia, muera en gracia de Dios y se salve, quedan las resultas, clamando por el remedio á quien debe darlo, y avisando á todos que se debe curar el mal en la raiz.

¡Bello ejemplo de Josías! Celoso de la honra de Dios, trató de demoler los altares todos de los idolos que habian levantado los reyes idólatras sus antecesores. Entre ellos, dice el texto sagrado, destruyó los altares que habia edificado Manasés. No tiene esto pequeña dificultad, porque aunque es verdad, que el rey Manasés fué idólatra, á más de ser homicida, sacrilego y tirano; pero, despues, tocándole Dios, estando cautivo en Babilonia, abrió con el trabajo los ojos, é hizo grande penitencia: volvióle su Majestad al reino, y al punto destruyó los idolos y altares. Pues, si consta, que el mismo Manasés los destruyó, ¿que le quedó á Josías que destruir? Dígase que demolió los altares de otros reyes que los dejaron en pié: no los de Manasés, pues están ya demolidos. Es verdad que Manasés hizo penitencia, y

destruyó los altares; pero, entrando á reinar despues de su muerte su hijo Amon, edificó altares á los ídolos en los sitios mismos en que los habia edificado su padre. Luego, los altares que derribó Josías no son los de Manasés, sinó los de Amon. Pues ¿cómo no se llaman de Amon sinó de Manasés? porque son de Manasés en el cargo, aunque sean de Amon en la realidad. Crióse Amon á la vista del mal ejemplo que le dió su padre en la idolatría; y aunque despues hizo penitencia para morir, es tan eficaz la fuerza del mal ejemplo, que le siguió su hijo en la idolatría, y no en la penitencia y religion. Es verdad, que destruyó los altares Manasés; mas no destruyó las reliquias y mal ejemplo que dejó á su hijo; y así cuando los derriba el celo de Josías, no se llaman del hijo, sino del padre, que le dejó el mal ejemplo. ¿Quién no tiembla de dar escándalo y mal ejemplo, cuyas reliquias quedan aún despues de la penitencia y de la muerte? Y ¿quién no trabaja por destruir estas reliquias? Vigilancia, superiores; padres de familia, cuidado y cuidado todos; que si no se destruye el canutillo que deja la langosta, habrá más langosta, aunque la langosta muera. ¡Oh langosta, y lo que hay en tí que leer y que aprender! ¡Oh cristianos! No pareis la atencion en esa langosta de los campos, sino pasad á considerar, que es indicio de la ira de Dios, que le manda venir, no tanto á castigarnos, quanto á avisarnos de nuestras culpas, que son la más perniciosa langosta.

2. Sabido ya el origen de esta plaga, pasemos á su remedio. ¿Cuál será? ¿Juntas del gobierno para destruirla? ¿Salir el pueblo á matarla y enterrarla? Bueno es eso y conveniente; mas, no es ese el remedio que nos señala Dios en el texto de mi tema. Si yo enviare langosta, dice su Majestad, y mi pueblo volviéndose á mí, me hiciere rogativas, les oiré, y les quitaré la langosta. Luego, el remedio es hacer oraciones y rogativas. Muy á propósito nos lo dice Judit, cuando alcanzó gloriosa victoria del ejército de Holofernes, de quien, dice el texto sagrado, parecia un ejército de langosta. Y ¿cómo venció estas langostas la valerosa Judit? Ya se sabe: más con oraciones que con la espada, entrándose á orar en su oratorio. ¡Oh qué consuelo tan grande para esta ciudad, por haber acertado con el remedio de la langosta! ¿Qué vemos, sinó esta devota procesion, letanía y rogativa humilde, que ha salido de esta iglesia? ¿Qué hemos oido, sinó clamores, pidiendo á Dios use de misericordia con nosotros? ¡Oh católicos! Se ha acertado con parte del remedio; pero ¿qué hacemos si no se acierta con todo? Dios no solo dice que hagamos rogativas, sinó que hagamos rogativas y penitencia. Para que se entienda que el remedio no está solo en las rogativas, si no se acompañan con la

penitencia y enmienda de las costumbres; que para vencer Judit á los Asirios, no solo hizo oracion, sinó cortó la cabeza de su general Holofernes: Esas y no otras rogativas son las que promete oír Dios.

¡Ved á los Israelitas en Egipto, cuán oprimidos están con tan penosa esclavitud! Allí gimen, claman y envian á Dios repetidas oraciones, para que, ó los envíe un rey más piadoso, ó los saque de aquella cautividad. Y ¿los oye Dios? El texto dice, que sí: efectivamente al año siguiente, les envió á Moisés para que los sacase de Egipto. Ahora bien: ¿cuándo pidieron á Dios su libertad? Despues de casi noventa años de cautiverio. Pero ¿cómo es creible que no pidieran en tanto tiempo? Sí pidieron; mas no se dice por qué en todo ese tiempo no los oyó Dios. Y ¿por qué no los oye ántes, y ahora sí? En una palabra: porque ántes clamaban, y nada más; pero ahora claman y gimen. Antes clamaban lastimados de la opresion; pero, envueltos en la idolatría de Egipto, como escribió Ezequiel: *Fornicati sunt in Egipto*; ahora claman con su pena; pero, arrepentidos de haber servido á los ídolos, gimen, pidiendo misericordia. Vean pues los Israelitas, que aunque claman noventa años, sin dejar las culpas, ni merecen ser oidos de Dios, ni aún se refiere que clamen; pero, clamando arrepentidos, luego son oidos de la divina piedad. ¡Oh rogativas de los cristianos! ¿Cómo son, amados oyentes míos, vuestras rogativas? ¿Clamores solos, sin aborrecer los idolillos del corazon, y sin gemir por los pecados? Despacio ha venido la langosta. Llore culpas, el que quisiere que Dios oiga sus oraciones.

Ea, católicos míos: habeis visto ya el origen de la langosta misma; habeis oido el remedio que el mismo Dios, que la envia, ofrece para acabarla; ¿qué resta si no que unidos todos, nos determinemos, desde luego, á destruir la langosta de las almas, como nos unimos á destruir esa langosta, que solo tira á quitarnos el alimento de los cuerpos? ¿Cómo se destruye ésta? Levantándose viento que se la lleve. Pues pedid, pidamos todos el favorable viento del divino Espíritu, para que con su gracia arrojemos de nosotros la langosta de las culpas en el mar de una confesion bien hecha. ¿Cómo se destruye la langosta? Abriendo fosas en la tierra, para que, sepultándola, no quede esperanza de que reviva su semilla pestilente. Pues cavad, cavemos todos con la consideracion nuestra tierra, para sepultar nuestras culpas con la confínua memoria de la muerte. Cave el superior en la cuenta que ha de dar de los escándalos que fomenta su omision, para avivar el cuidado de sepultarlos, porque revivirán para su cargo, si no los sepulta con cristiano celo. Cave el sacerdote en la consideracion de sus grandes obligaciones, para sepultar la tibieza con que la cumples. Cave el

padre de familias en el juicio que le espera, para sepultar su descuido en que sepan la doctrina cristiana, y vivan los de su casa como verdaderos cristianos. Cavemos todos, deshaciendo la tierra de las codicias y torpezas; y cavemos en la tierra de nuestros corazones, rompiéndolos con la contrición y penitencia para destruir la langosta.

Aprended, aprendamos todos de Gedeon, que para conseguir la victoria de los Madianitas, no se armó ni armó á los suyos con lanzas, espadas, ni otras armas, sino con unos cántaros de barro con luces dentro. No acometió á herir á los enemigos, sino hirió y quebrantó con los demás sus cántaros, para que saliesen las luces que pusieron en fuga á los Madianitas. ¿Qué modo es este de batallar y vencer? El texto lo dice: *Jacebant in valle, ut locustarum multitudo*. Estaban los Madianitas en el campo como ejército de langostas, y para vencer langostas no es medio armarse contra ellas, sino quebrantarse á sí mismos. Quebrantemos, pues, católicos, el barro de nuestros corazones con una contrición grande por haber ofendido á Dios, para que salga la luz que esconde nuestra dureza, y veamos, que caminamos á toda prisa á la muerte; veamos, que espera una eternidad, ó dichosa ó infeliz; veamos, que es engaño cuanto nos arrastra en la vida; veamos, que nos esperan los Santos en nuestra patria, en donde solo son las delicias verdaderas, en donde se deja ver María nuestra Madre y abogada, y en donde Jesucristo nuestro Redentor con el Padre y el Espíritu Santo llenan al alma todos sus deseos. ¿Qué aguardamos, cómo no rompemos estos corazones á los piés de este Señor? Sí, piadosísimo Redentor mio, ya los rompemos; ya nos pesa de nuestros pecados, no porque la langosta se quite, sino porque tú lo quieres, que eres bondad infinita.

Sí, católicos y amados hermanos míos: prometamos á nuestro amantísimo Dios y Padre nuestro no ofenderle jamás, detestar el pecado y las ocasiones de pecado con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras potencias. Así, hermanos míos, así moveremos á compasión y lástima de nosotros á ese Dios, amante Padre nuestro, que no se cansa jamás de perdonarnos, y que no nos envía castigos sino para obligarnos á acudir á él, y para llevarnos, despues de habernos perdonado, á la eterna bienaventuranza que á todos os deseo. Amen.

---

## LÁZARO.

(SOBRE EL EVANGELIO DE)

*Veni, et vide.*  
Ven, y lo verás.  
(JOANN, XI, 34.)

No hay pecador, por inveterado que sea, que tuviera valor para sufrir el horror de su estado, si se pudiera conocer y verse al natural. Una alma, que ha envejecido en la culpa, solo puede sufrirse á sí misma, porque la misma pasión, que es el motivo de todas sus desgracias, se las oculta; y porque su desorden es, al mismo tiempo, el cruel cuchillo que hace la herida, y la fatal venda que la oculta á la vista del enfermo.

Y así la Iglesia, para manifestar al pecador á sí mismo, nos representa, con frecuencia, el deplorable estado de una alma que vive, despues de mucho tiempo, sepultada en la culpa; unas veces, nos la representa bajo la figura de un paralítico de treinta y ocho años, para darnos á conocer, la insensibilidad y la funesta paz, que siempre sigue al hábito de la culpa. Otras veces, bajo el símbolo de un pródigo, reducido á vivir con los más viles animales; y con estas ideas, nos quiere hacer conocer su vileza y su infamia. Otras, bajo la imagen de un ciego de nacimiento, para pintarnos el horror y profundidad de sus tinieblas. Otras, finalmente, bajo la parábola de un espíritu sordo y mudo, para darnos á entender con más viveza, el abatimiento á que el hábito de la culpa reduce todas las potencias de una alma desgraciada.

Hoy, como para juntar todas estas distintas ideas bajo una sola imagen, aún más terrible y espantosa que todas las demás, nos propone la Iglesia á Lázaro en el sepulcro, muerto ya de cuatro días, exhalando infección y mal olor, con los piés y manos atadas, cubierto el rostro con un velo lúgubre, y causando horror, aún á aquellos mismos, á quienes el amor y la sangre le habían unido más estrechamente en su vida.

Venid pues, y ved, amados oyentes míos, los que há tantos años,